

Manuel Irujo: la heterodoxia de un demócrata (1945-1960)*

(Manuel Irujo: the heterodoxy of a democrat (1945 - 1960s))

Mees, Ludger

Univ. del País Vasco. Fac. de Ciencias Sociales y de la Comunicación. Dpto. de Historia Contemporánea. Apdo. 644. 48080 Bilbao. e-mail: hcpmexxl@lg.ehu.es

Recep.: 14.02.02

BIBLID [1136-6834 (2002), 32; 133-153]

Acep.: 15.04.02

Durante el periodo histórico que abarca los tres lustros entre 1945 y 1960. Manuel Irujo fue uno de los líderes nacionalistas más destacados e influyentes. Como ministro en el Gobierno Republicano primero y representante nacionalista en las diferentes iniciativas europeistas después, Irujo tuvo un protagonismo en la vida política vasca, española y europea sólo comparable al que alcanzaron hombres como José Antonio Aguirre o Indalecio Prieto. En el artículo se abordan las diferentes dimensiones de este protagonismo, insertando el análisis en su correspondiente marco histórico y subrayando la personalidad del navarro, su republicanismo y su nacionalismo heterodoxo.

Palabras Clave: Manuel Irujo. Nacionalismo vasco. Franquismo. República Española. Europa.

1945 eta 1960 bitarteko epealdi historikoan, Manuel Irujo euskal abertzaletasunaren gidaririk garrantzitsuenetarikoa eta eraginkorrenetarikoa izan zen. Hasieran, Errepublikako Gobernuaren ministrari bezala, eta gero ekimen europazale desberdinetan parte hartzen zuen euskal abertzaletasunaren ordezkari bezala. Irujoren protagonismoa benetan handia izan zen Euskadiko, Espaniako eta Europako bizitza politikoan, eta protagonismo maila horretaraino bakarrik José Antonio Aguirre edo Indalecio Prieto bezalako politikariak iritsi ziren. Garaiko testuinguru historikoa finkatu ondoren, artikulua honetan Irujoren jarduera politikoaren atal desberdinak aztertzen dira, bere nortasunaren berezitasuna ahaztu gabe eta,aldi berean, bere Errepublikarekiko zaletasuna eta bere heterodoxia nazionalista azpimarratuz.

Giltza-Hitzak: Manuel Irujo. Euskal abertzaletasuna. Frankismoa. Errepublika Espaniarra. Europa.

Durant la période historique qui comprend les trois lustres entre 1945 et 1960, Manuel Irujo fut l'un des leaders nationalistes les plus importants et les plus influents. Comme ministre du Gouvernement Républicain premièrement et représentant nationaliste dans les différentes initiatives européennes ensuite, Irujo joua un rôle important dans la vie politique basque, espagnole et européenne seulement comparable à celui joué par des hommes comme José Antonio Aguirre ou Indalecio Prieto. On aborde, dans l'article, les différentes dimensions de ce rôle principal, en incluant l'analyse dans son cadre historique correspondant et en soulignant la personnalité du navarrais, son républicanisme et son nationalisme hétérodoxe.

Mots Clés: Manuel Irujo. Nationalisme basque. Franquisme. République Espagnole. Europe.

* Este artículo es uno de los frutos de nuestro proyecto de investigación sobre "Biografías del nacionalismo vasco (1931-1975): José Antonio Aguirre y Manuel Irujo", financiado por la UPV/EHU (Referencia: 1/UPV 00021.323-H-13903/2001).



Manuel de Irujo.
Archivo del Nacionalismo. Fundación Sabino Arana
D.P 575-15

1. EL ESCENARIO HISTÓRICO

Los tres lustros comprendidos entre el fin de la II Guerra Mundial en 1945 y la inesperada muerte del primer *lehendakari* vasco, José Antonio de Aguirre, en 1960 constituyen un periodo muy señalado tanto en la historia del nacionalismo vasco como en la de la democracia española. Se trata de un espacio histórico con puntos de salida y llegada completamente diferentes. Si tras la victoria aliada contra el fascismo entre los demócratas antifranquistas se había extendido un clima de euforia, basado en la esperanza de que tras Hitler y Mussolini también Franco iba a caer, la situación de 1960 no pudo ser más diferente: la Guerra Fría había alterado el mapa geopolítico y contribuido a una fantástica mutación de los antiguos aliados del fascismo en nuevos amigos de las democracias occidentales en su común lucha contra el peligro comunista. Franco había dejado de ser la oveja negra, la mancha que ensuciaba el nuevo orden mundial democrático a establecer a partir de 1945 bajo el liderazgo y la protección de la gran potencia Estados Unidos. En 1960, ya nadie se acordaba de la situación de aislamiento internacional a la que durante años había estado sometido su régimen, que ahora recibía suculentos créditos, ayudas económicas y el beneplácito de las grandes potencias occidentales, cuyos líderes ya no tenían ningún problema en visitar España y dejarse fotografiar al lado del *Caudillo*.

Como era lógico, los nacionalistas vascos no pudieron escapar de este escenario geoestratégico, en el cual estaban condenados a participar, algunas veces como actores, otras como meros espectadores¹. Pese a este inevitable nexa con los vaivenes del proceso histórico, los *jeltzales* no se conformaron con ser pasivos objetos de las decisiones que el destino parecía haber preparado,

1. Para la historia del nacionalismo vasco durante este periodo, véase S. de Pablo, L. Mees y J. A. Rodríguez Ranz, *El Péndulo Patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco, II: 1936-1979*, Barcelona: Crítica, 2001, pp. 143-236. En este libro el interesado encontrará también amplias referencias bibliográficas.

intentando –probablemente más que otros grupos antifranquistas– incidir en el guión que se estaba desarrollando para escribir el capítulo de desenlace final que ellos deseaban: el que traería la libertad y la democracia a Euskadi. Los instrumentos empleados durante estos quince años por los nacionalistas vascos –y sus aliados– con el fin de alcanzar este objetivo final variaban según las circunstancias empezando por la defensa del Gobierno Vasco, la reconstitución de las instituciones republicanas, la resistencia en el interior, la cooperación con los monárquicos o la participación en la construcción de la Europa Unida.

Pocas personas nacionalistas han tenido un protagonismo –directo o indirecto– tan notable en todas y cada una de estas iniciativas estratégicas desarrolladas entre 1945 y 1960 como Manuel Irujo. Era evidente que Irujo desde el exilio no podía estar presente en la *cocina* del interior, donde se coordinaba a las fuerzas de la resistencia y –cuando esto resultaba factible– se ponía en práctica su potencial de movilización antifranquista. Sin embargo, él seguía manteniendo buenos contactos con el interior, sobre todo con Navarra, y se dio cuenta –antes que otros líderes– que la apuesta por la ayuda americana había fracasado y que era preciso buscar alternativas a esta estrategia ya obsoleta, alternativas que él veía en el interior y –sobre todo– en Europa. Con todo, Irujo era un hombre del exilio y se mostraba profundamente dolido cuando hacia finales de la década de los cincuenta arreciaban las críticas de sus compatriotas del interior contra la supuesta inoperatividad de la dirección nacionalista en el exilio.

Fue a través de este protagonismo que el político navarro desempeñó durante los tres lustros señalados, sobre todo durante los dos primeros, cuando se forjó la imagen de Manuel Irujo que ha trascendido a la posterioridad y se mantiene todavía hoy, lo que no deja de ser una imagen demasiado simplista y reduccionista, pues se olvida de otras épocas en la biografía política de este hombre que no siempre coinciden con los rasgos característicos con los que se suele describir el perfil político de Irujo. Así, se acostumbra subrayar el republicanismo del navarro. Es cierto que probablemente fue el más republicano entre los nacionalistas vascos y el *jelkide* con mayores y más intensos contactos con el exilio republicano español, pero también es cierto que –según sus propias palabras– en 1936 se opuso a la decisión adoptada por Aguirre y su partido de participar en el Gobierno del Frente Popular. Asimismo es correcto afirmar que el nacionalismo de Irujo era un nacionalismo moderado y autonomista, pero tampoco cabe olvidar su fase radical o –con palabras de los *burukides* Etxeberria y Arredondo– “jagi-jagista” durante su estancia en Londres primero en la Delegación del Gobierno Vasco, después como Presidente del Consejo Nacional de Euzkadi (CNE), e incluso más tarde hasta su entrada en el reconstituido Gobierno de la República. Quizás la mejor definición política de Irujo la presentó él mismo, cuando a raíz de una conmemoración pública del día del fallecimiento de Sabino Arana Irujo se definió como un nacionalista “heterodoxo”². De hecho, entre 1945

2. Irujo había encabezado las festividades en París con un discurso ante los vascos de la capital francesa, donde quiso presentar al fundador no como un hombre de partido, tal y como lo habían hecho en opinión del navarro los oradores “ortodoxos” reunidos en Bayona, sino como una “figura vasca”, lo que para él significaba dar un gran “paso de avance en lo nacional”: “Tengo para mí que, cuantos se planteen el problema más allá de las fronteras de Euzkadi, serán fácilmente ganados a la idea de Sabino figura vasca, superando el concepto de Sabino maestro de un sector vasco. Y estimo que ese paso de avance en lo nacional, constituiría para nosotros un triunfo evidente”. Cf. carta de M. Irujo a J. Jauregui, París 23.11.49, Archivo Manuel de Irujo (AMI), 38, 2.

y 1960 Irujo era un heterodoxo dentro del movimiento nacionalista en muchos sentidos: no sólo en la interpretación de la figura de Sabino, en su apuesta inequívoca por la vía republicana o en su rechazo sin tapujos de una solución monárquica, sino también en un sentido mucho más amplio, en un sentido que tenía mucho de anárquico y le acercaba a menudo a situaciones, en las que dejaba de ser heterodoxo para convertirse en un disidente: Irujo era casi alérgico a jerarquías, burocracias y disciplinas ciegas y sentía una necesidad casi biológica de rebelarse, protestar, criticar y oponerse, sin por ello llegar a romper con los criticados o los organismos que ellos representaban. Todo lo contrario, Irujo no era nada rencoroso, olvidaba fácilmente agravios pasados, mostraba una inquebrantable –casi blindada– lealtad hacia su partido y hacía gala de una enorme calidad humana que le permitía cultivar una sorprendente capacidad para conservar las buenas relaciones e incluso la amistad.

Por todo ello, todo intento de esbozar un retrato que refleje el pensamiento y la actividad política de Manuel Irujo entre el fin de la II Guerra Mundial y la muerte de Aguirre debe partir necesariamente de algunas reflexiones acerca de su personalidad y carácter, puesto que en la vida y obra de Irujo su temperamento, su pasión y su fobia a cualquier tipo de quietismo y acomodo pasivo determinaba también en buena medida su manera de pensar y actuar en política. Hablaré, pues, en primer lugar del hombre Manuel Irujo, para analizar a continuación su dimensión política como líder republicano, nacionalista heterodoxo y europeísta.

2. EL HOMBRE

De la copiosa documentación archivística en la que se plasma la actividad de Irujo entre 1945 y 1960 he seleccionado tres citas literales de tres personajes diferentes que, lejos de referirse a determinados hechos puntuales de valor meramente anecdótico, a mi juicio, describen bastante bien algunos de los principales rasgos del carácter del navarro y de la imagen que de él se hacían sus compatriotas. La primera cita proviene del gran *factotum* del PNV en el interior, *de facto* aunque no siempre *de jure* presidente del EBB, Juan Ajuriaguerra. En septiembre de 1947, tras la crisis del Gobierno Llopis, la dimisión de Irujo como ministro de Justicia y la información de que el navarro estaba negociando por su cuenta la participación del PNV en el nuevo gabinete presidido por Alvaro Albornoz, Ajuriaguerra remitía una nota a sus compañeros del EBB de Beyris con este comentario sobre Irujo:

“Tiene que ser muy difícil sujetarle a Manuel, que no sabe estar inactivo y cuya cabeza siempre está en eferescencia. El único procedimiento para sujetarle sería el encomendarle algo que dé salida a su actividad por otros caminos y que le obligara a separarse de las tertulias españolas que frecuenta, donde se habla mucho, aunque los demás se contenten con eso y él no”³.

Irujo como hombre hiperactivo, que no para y que, además de pensar y hablar, también busca la realización de sus ideas; un hombre, a quien con-

3. Xabier a Dionisio, 20.9.1947, Archivo del Nacionalismo (AN), K 217, C 1.

vendría someter a una especie de terapia de entretenimiento para que se le cure su tentación de compadriñar demasiado con los *españoles*, en este caso los republicanos del exilio, así lo describe el jefe de su partido y no andaba muy lejos de la realidad. Los documentos dan fe de estas relaciones frecuentes y fluidas y acreditan también la aparente imposibilidad del navarro para descansar sin hacer nada. De hecho, el historiador que bucea en los archivos para, pongamos el caso, reconstruir la correspondencia de Irujo quedará asombrado del tiempo diario que invertía el navarro en esta tarea. Pocas veces dejaba pasar más de un día para contestar a una carta; cuando sentía alguna necesidad de comunicar una opinión o reflexión suya, lo hacía en forma de carta y casi siempre expresando alguna disconformidad o crítica. Hay muchas cartas que por su enorme extensión más que cartas, en realidad son verdaderos informes políticos. Irujo mismo era consciente de esta faceta suya. A su amigo Julio Jauregui, diputado y secretario general del EBB, le advirtió que “te escribo más que a una novia” para reclamar a Jauregui y todos los demás destinatarios de misivas suyas que le trataran de la misma manera y le contestaran sin demora⁴.

Julio Jauregui era una persona con la que Irujo llegó a construir una profunda relación de amistad personal e incluso de sincronía política. Este diputado nacionalista tuvo que abandonar su puesto como secretario del ministro Irujo en el gobierno Giral para dedicarse de lleno a su nueva tarea de secretario general del EBB y director de la revista *Alderdi*. En marzo de 1947 Jauregui escribió a su amigo y todavía ministro una carta, en la que hizo referencia a otra que él había recibido del exiliado comunista Antonio Horna, quien había pedido a Jauregui que “me ilustres sobre un rumor que aquí corre insistentemente en los medios comunistas, cual es, que Irujo va a casarse con Dolores Ibárruri (Pasionaria). Yo creo que esto es un absurdo” –opinaba Horna–, “pero el contrasentido de la herencia de la guerra y las anomalías del exilio presentan a veces casos tan pintorescos que nada debe admirarnos”. Por supuesto, Jauregui no dudó en asegurar a su amigo Irujo que él “suponía” que esta historia era un “bulo”, un pretexto inventado por Horna para poder escribirle. Pero, con esta afirmación tampoco las tenía todas consigo, y, por si acaso, añadía la siguiente advertencia dirigida a su amigo el ministro para curarse en salud por si fuera verdad lo de la boda con la Pasionaria:

“(…) que no se entere la B.B.C. porque después de las supuestas conomicancias entre nacionalistas vascos y comunistas, no faltaba más que este campanazo que a Monzón le sacaría de quicio”⁵.

Irujo, un hombre capaz de hacer todo –incluso casarse con la Pasionaria–, un hombre que siempre nada contra corriente, un tipo imprevisible y a quien no controla nadie, así lo dibuja Jauregui, mencionando además el nombre de uno de los correligionarios del navarro que le iba a acompañar durante estos quince años como amigo, pero también como nacionalista

4. M. Irujo a J. Jauregui, París 9.5.1950, AMI, 38, 1.

5. J. Jauregui a M. Irujo, Bayona 27.3.1947, AMI, 37, 2.

que políticamente se encontraba en las antípodas de Irujo: Telesforo Monzón, diputado y consejero de Cultura del Gobierno Vasco.

Finalmente, la tercera cita es un autorretrato del propio Irujo. En agosto de 1946 envió a Doroteo Ziaurritz, presidente del EBB en el exilio, sus impresiones sobre sus compañeros ministros en el gabinete Giral, calificándoles como “gente prudente y ponderada que hurta por todos los medios el dar a conocer su parecer”. Una personalidad tan explosiva como Irujo no podía más que desentonar en este ambiente tan templado y reservado, y el ministro nacionalista se daba perfectamente cuenta: “Yo, en cambio, soy un gran insensato que digo lo que creo debo decir y es trasunto de mi conciencia”⁶.

Efectivamente, Irujo no se mordía la lengua cuando opinaba y ese carácter impulsivo, que él mismo denomina con su típico toque irónico “insensatez”, le iba a causar más de un problema en su larga carrera política.

3. EL REPUBLICANO

Tal y como hemos indicado antes, el republicanismo de Irujo no es una constante que le acompaña durante todos los periodos de su vida política de forma invariada. En 1936, se había mostrado inicialmente remiso a entrar en el Gobierno de Largo Caballero, debido fundamentalmente al temor que le provocaba el hecho de tener a su familia presa de los sublevados. También en 1944-45, en la fase preparatoria de la reconstrucción de las instituciones republicanas, Irujo –apoyado por Aguirre– se opuso a la participación activa de los representantes de su partido, ordenando como presidente del Grupo Parlamentario Vasco la no asistencia de los parlamentarios nacionalistas a la primera sesión plenaria de las Cortes convocada por su último presidente Martínez Barrio para enero de 1945, alegando que la participación en las Cortes “equivalía a abrazar la bandera constitucionalista y del Estatuto con plenitud, perdiendo definitivamente otras posibilidades en el actual momento histórico”. En definitiva, ante las perspectivas que según el juicio de Irujo abría el fin de la guerra y la proximidad entre los aliados y los nacionalistas vascos, éstos ya no debían conformarse con lo que habían conquistado en octubre de 1936: “El Estatuto significó avance en 1936, pero significaría retroceso hoy”. Sin embargo, tanto Aguirre como el EBB se dieron cuenta del peligro del aislamiento político que conllevaba la postura de Irujo. La dirección del partido desautorizó a Irujo, quien en forma de protesta dimitió de su cargo de presidente del Grupo Parlamentario Vasco. Con todo, en el fondo la postura de Irujo no era tan alejada de la del EBB, cuyos miembros no habían superado sus recelos ante sus nuevos y viejos aliados, estos “amigos sospechosos”, pero Aguirre les había convencido de que “para la liberación de Franco tenemos que ir juntos” y que por ello no quedaba otro remedio que estar “amarrados al carro hispano”⁷. Todavía poco

6. M. Irujo a Doroteo, París 30.8.1946, AMI, 37, 1.

7. Dionisio (=seudónimo del EBB de Bayona, presidido por Ziaurritz) a J.A. Aguirre, Bayona 22.10.1945, AN, EBB, 213-6.

antes de su nombramiento como ministro de Navegación, Industria y Comercio –del cual el EBB de Beyris se enteró por la radio– Irujo no se mostraba demasiado ilusionado con la recuperación del espíritu de 1936 por parte de su partido, descalificando esta estrategia que para él no era otra cosa que “jugar a España con los españoles, sin ventaja tocada de nuestras propias manos”, pero resignándose a “obedecer” a las directrices de su partido y prometiendo que las iba a ejecutar “con lealtad, pues la obra de equipo es indispensable”⁸.

Pero éstos eran ya los últimos coletazos de un radicalismo nacionalista que había vivido su punto culminante durante los años anteriores en Londres, donde –según los dirigentes del EBB igualmente exiliados en la capital británica Etxebarria y Arredondo– Irujo y sus compañeros en la Delegación del Gobierno Vasco Lizaso y Gondra se encontraban atrapados en un “campo de irresponsabilidad Jagi-Jagista”⁹. Irujo, herido por la amable, pero clara desautorización del CNE por parte del *lehendakari* Aguirre, cuando éste reapareció tras su odisea escapándose de la Gestapo, no dudó en disolver al Consejo Nacional y en ponerse a disposición de Aguirre. Pero al mismo tiempo se lanzó a una campaña, en la que criticaba el supuesto *españolismo* de Aguirre, a quien veía influenciado por el “testamento de Sabino” –una clara alusión a la *evolución españolista*– y condicionado por los favores que los aliados le habían hecho durante su huida de los nazis y los que ahora debía pagar, quitando de en medio a Irujo y su Consejo y sustituyéndolo por un *sano regionalismo* más compatible con los intereses geoestratégicos de Estados Unidos, Inglaterra y Francia¹⁰. Para Irujo, la recuperación de la tradición estatutaria por parte de Aguirre significaba también el nexo de la política vasca con la Constitución de 1931, con lo cual “el problema nacional vasco” se había convertido “en problema interior de España”¹¹.

Ante estas críticas, Aguirre reaccionó haciendo de tripas corazón y manteniendo su confianza en Irujo. Irujo, por su parte, no rehuía las discusiones con Aguirre, reflexionaba con una gran dosis de autocrítica sobre los argumentos del *lehendakari* y sobre su propia experiencia política de los años anteriores. De este proceso de replanteamiento emergieron dos nuevas realidades: por una parte, el republicanismo ahora ya convencido y sin altibajos de Irujo, y, por otra, una larga amistad con Aguirre, quien según las palabras del propio Irujo se convirtió en su “mejor amigo”¹².

8. Cf. “Informe” de M. Irujo, París, 31.5.1946, AN, EBB-216-3 y S. de Pablo, L. Mees, J. A. Rodríguez Ranz, pp. 15-18 y 89-92.

9. Eli y Arredondo: “Informe que sobre su gestión en Londres presentan al EBB los burukides Arredondo y Eli”, Bayona, Julio de 1946, AN, EBB, 213-6.

10. De Pablo, Mees, Rodríguez Ranz, p. 123.

11. Nota anónima, sin fecha, con toda probabilidad redactada por M. Irujo, AN, EBB, 122-6.

12. M. Irujo: “Los últimos momentos de José Antonio. El primer presidente de Euzkadi”, *Alderdi*, 157/58, Mayo de 1960.

De hecho, Irujo defendía la República y sus instituciones no sólo en los tiempos de euforia como flamante nuevo ministro de Navegación, Industria y Comercio. Seguía defendiendo esta vía también cuando con la caída de Giral, y sobre todo después de su retirada como ministro de Justicia tras la dimisión del gabinete Llopis, se iniciaba el imparable ocaso del exilio republicano. Esta inquebrantable lealtad republicana era el resultado de una compleja confluencia de diversos factores. Ya se ha mencionado la influencia de Aguirre, cuyo carisma, optimismo y activismo entusiasta hechizó no sólo a los nacionalistas, sino también a muchos republicanos españoles, y pesó mucho en el *jelkide* navarro. Además, tras la frustrante experiencia del CNE en sus relaciones con el *Foreign Office* y la Francia del general De Gaulle, Irujo había aprendido que los vascos por sí solos no pintaban nada ni en las cancillerías de las grandes potencias, ni en los foros de los organismos internacionales de nuevo cuño como la ONU. Sólo en la medida en que los vascos contribuían a crear una situación de estabilidad política y anticomunista en la Península Ibérica podían albergar ciertas esperanzas de introducir sus reivindicaciones en las agendas de la política internacional, y sólo si conseguían juntar a todas las fuerzas de la oposición antifranquista del interior en una lucha común podían soñar con derrocar algún día al dictador. Todo ello desaconsejaba cualquier estrategia que pasaba por “sacar a Euzkadi del cuadro peninsular”, tal y como había propuesto Irujo en su *fase jagí*. Al contrario, resultaba necesario agotar lo que Aguirre llamaba la “fase peninsular” en el camino a “nuestra libertad nacional”, y ahí para Irujo no podía haber otros compañeros de viaje que aquellos con los que los nacionalistas antaño habían compartido trincheras¹³.

De hecho, y éste es el tercer factor, ni siquiera en los momentos de aguda crisis de las instituciones republicanas, existía para Irujo alternativa alguna a la cooperación del nacionalismo vasco y las fuerzas republicanas del Estado, incluidas las catalanas y gallegas. Y es que el navarro albergaba profundos recelos ante todo tipo de entente con la derecha, también con la derecha antifranquista en torno al pretendiente Don Juan. Demasiado pesaba la experiencia histórica acumulada por el de Estella durante sus largos años de militancia nacionalista. Al comienzo de su carrera política había vivido el fracaso de la primera campaña autonomista entre 1917 y 1919 y el posterior duro enfrentamiento con los partidos monárquicos, totalmente opuestos a introducir cualquier tipo de cambio en las estructuras políticas que sostenían el régimen de la Restauración y con ello el poder de las élites dominantes. La traición que para muchos nacionalistas supuso más tarde durante la II República la postura anti-estatutista y contraria a la incorporación de Navarra en una solución autonómica para Irujo, no era más que una nueva demostración de que con la derecha no se podía, ni se debía ir a ninguna parte en la búsqueda de proyectos políticos tendentes a restablecer algún tipo de autogobierno democrático vasco. Al final, Irujo tuvo razón porque el Estatuto se consiguió gracias a la cooperación con la izquierda, mientras que la derecha –incluido el tradicionalismo vasco-navarro– se había

13. De Pablo, Mees, Rodríguez Ranz, p. 122.

lanzado a una guerra, entre cuyos objetivos figuraba el restablecimiento de la unidad de España, que supuestamente estaba en peligro.

Finalmente, Irujo no sólo defendía la República como nacionalista vasco y desde un punto de vista instrumentalista; también lo hacía como demócrata, basándose en reflexiones éticas. En el fondo, para el navarro dentro de un sistema de libertades cívicas un rey y una institución como la Monarquía sobraba, puesto que su legitimidad se fundamentaba en un obsoleto sistema hereditario, y no, en cambio, en la libre decisión de los ciudadanos. Sólo la República cumplía esta condición de vincular su existencia a la *volonté générale*, o, por utilizar palabras del propio Irujo, quien escribió en 1959 un artículo periodístico en el que afirmaba categóricamente “somos republicanos porque la República es la fórmula jurídica de expresión más perfecta de la democracia”¹⁴. En consecuencia, también durante los años posteriores a su salida del ejecutivo republicano, Irujo siempre va a aparecer en la primera fila de todos los intentos de recuperar la perdida unidad de las fuerzas anti-franquistas dentro del Gobierno republicano, y entre ellas lógicamente también su propio partido. Generalmente le solía apoyar Aguirre en estos esfuerzos para restablecer la alianza de 1936 o de 1945, esfuerzos todos ellos saldados con sendos fracasos, también debido a la negativa de la dirección peneuvista a permitir el regreso del partido al ejecutivo republicano mientras Prieto y los socialistas no estuviesen por la labor de participar en esta operación. A pesar de esta resistencia numantina, Irujo no se resignó a pensar y proponer las más diversas estrategias políticas, algunas de ellas absolutamente impensables para un nacionalista vasco ortodoxo, ya que tenían mucho en común con el pensamiento político del catalanismo conservador que ya Sabino Arana había criticado por su supuesta intención de emplear el regionalismo como palanca política para conquistar, desde Cataluña, el poder político en el Estado.

La siguiente anécdota, que es mucho más que una mera broma, demuestra lo lejos que Irujo estaba dispuesto a ir en su defensa de la República. El 14 de abril de 1950 se reunió en Montecarlo con varios líderes republicanos para conmemorar el día de la República, entre ellos Negrín y Álvarez del Vayo, dirigente del grupo España Combatiente que se encontraba en la órbita del PC. Ante los rumores de una nueva crisis del Gobierno republicano y las informaciones de que el grupo de Álvarez del Vayo estaba dispuesto a entrar en el siguiente ejecutivo y asumir altas responsabilidades, Irujo planteó a Vayo y los demás contertulios con su típico tono irónico la siguiente propuesta:

“A Vd. le parecerá un disparate lo que voy a decirle, pero al alma de España Delirante ya puede decirse algo, aunque parezca una monumental insensatez. Entiendo que, lo que conviene al Gobierno de la República, es un gabinete vasco homogéneo”.

14. M. Irujo: “La República Vasca”, *Euzko-Deya*, México, 223, enero 1959.

El protocolo de esta reunión registra la siguiente respuesta:

“Carcajada general, muy matizada por risotadas de Vayo. Comentarios humoristas”.

Pero la cosa no se quedó en la carcajada, porque Irujo defendió su propuesta de la siguiente manera:

“Pero, amigo Vayo, España Combatiente, la España Delirante que yo le llamo, estaba dispuesta a aceptar el poder para ella solita. Y según mis noticias, esa organización suma en estos momentos a Vd., a Velao, quizá a Tomás Bilbao y Lamonedá. Y pocos más. Y con ese elenco estaba Vd. dispuesto a tomar el gobierno y constituir un gabinete homogéneo de España Combatiente. Y se niega Vd. a que los vascos, que somos más, mucho más que la media docena de agrupados delirantes, tomemos el poder. Que se nieguen los vascos me parecería lógico, porque no son los llamados a arrastrar esa cruz. Pero, Vd., qué más podían desear que un gobierno vasco homogéneo?”¹⁵

De hecho, para Irujo el Gobierno Vasco, con todas las críticas que realizaba a su funcionamiento, no dejaba de ser una referencia elogiable, un modelo a copiar también para los republicanos españoles, sumergidos en estériles luchas fratricidas. El Gobierno Vasco era una institución cuya existencia y legitimidad estaba unida a la República y cuando Irujo defendía la República estaba defendiendo también la pervivencia de la autonomía vasca y de sus instituciones, porque si desaparecía la República ya no había base jurídica que asegurase la pervivencia del Estatuto. Éste era el argumento más fuerte que Irujo empleaba una y otra vez frente a sus correligionarios, tal y como se verá más adelante.

A esta defensa a ultranza de la República correspondía un profundo desprecio por la Monarquía. De hecho, la Monarquía salía muy maltrecha de los análisis políticos de Irujo que se pueden resumir en esta frase de una carta escrita en 1948 a Julio Jauregui: “Con la monarquía, yo no voy ni a misa”¹⁶. Dos años más tarde, nada había cambiado en este veredicto, y ni siquiera se salvaba Don Juan: “A mí la monarquía me repugna fundamentalmente. La monarquía borbónica aún me repugna más, de manera específica”¹⁷.

Sus compañeros de partido, en cambio, no lo tenían tan claro. El alejamiento de la República y la paulatina aproximación del PNV al *Plan Prieto* se encuentra en el origen de lo que probablemente fue el mayor distanciamiento entre Irujo y su partido durante toda la carrera política del navarro. Recordemos que Prieto, tras derrumbar al Gobierno de Rodolfo Llopiés en 1947, había acelerado –con el apoyo mayoritario del PSOE– la puesta en mar-

15. “Montecarlo, Café París”, acta de reunión, 14.4.1950, AMI, 38, 1.

16. M. Irujo a J. Jauregui, Buenos Aires, 8.11.1942, AMI, 37, 3.

17. Intervención de Irujo en la “Reunión de Jefes de Minorías” de las Cortes en el exilio, 2.8.1950, AMI, 1.

cha de su idea de un pacto con los monárquicos liderados por Don Juan desde su exilio en Estoril como mejor instrumento para acabar con el régimen franquista. Según Prieto, la presencia de los monárquicos –y en consecuencia de muchos militares– en esta operación serviría para deshacer los recelos de las potencias democráticas, que no se fiaban de un Gobierno *izquierdista* como el republicano y no estaban dispuestas a embarcarse en una estrategia de acoso y derribo de Franco, si después no estaban asegurados el orden y la estabilidad en el país. Es durante estos años en los que se debate el *Plan Prieto*, es decir entre 1946 y 1951, cuando la convivencia entre Irujo y la dirección del PNV pasa por su fase más conflictiva, durante la cual Irujo se acerca claramente a la línea que separa la heterodoxia de la disidencia.

3. ENTRE LA HETERODOXIA Y LA DISIDENCIA

Manuel Irujo no era, ni mucho menos, un afiliado cómodo para los dirigentes del PNV, y éstos distaban mucho de ser unos dirigentes modélicos para el afiliado Manuel Irujo. Las frecuentes desavenencias, rencillas, críticas y polémicas entre ambas partes tienen muchas causas. Probablemente sea cierto que Irujo hubiera tenido problemas en cualquier otro partido debido a la incompatibilidad de su carácter impulsivo y un tanto anárquico con el sistema de jerarquías, autoridad y disciplina, sin el cual es difícil imaginarse el funcionamiento de un partido político. A parte de esta rebeldía innata que hacía inevitable los roces, los conflictos se producían fundamentalmente en dos planos que sólo podemos separar aquí con propósitos didácticos de manera un tanto artificial, puesto que en la realidad se encontraban estrechamente ligados entre sí: el plano burocrático-organizativo, por una parte, y el plano político-ideológico, por otra.

Entre los temas que enfrentaban a Irujo y el partido en el plano burocrático-organizativo destacan las permanentes quejas del navarro sobre lo que él consideraba una lenta y deficiente coordinación entre los cargos públicos y la dirección del partido, lo que en parte se debía a la incompatibilidad entre ambas tareas establecida en los Estatutos del PNV, y en parte también a los problemas derivados de la disgregación geográfica que separaba tanto a los cargos residentes mayoritariamente en París y el EBB, como al fraccionamiento del propio EBB con miembros en Londres, Bayona y el interior hasta 1946, y luego durante el resto del exilio en ambos lados de la muga. Pero la tardanza de mandar directrices claras a los cargos públicos también era consecuencia de las dudas que suscitaban algunos de los problemas políticos presentados al partido que requerían una solución rápida. Así, por ejemplo, no estaban nada bien vistos la implicación personal y el protagonismo de Aguirre e Irujo en la reconstrucción del Gobierno republicano, al que habían ofrecido que las Delegaciones del Gobierno Vasco en el extranjero funcionaran también como sedes del Gobierno republicano. Las críticas afectaban sobre todo a la Delegación de Londres, donde había estado Irujo y cuyo delegado, José Ignacio Lizaso, llegó a aceptar –aunque fuera por muy poco tiempo– el puesto del embajador de la República en Praga, por lo que fue temporalmente expulsado del partido. Esta mezcla con intereses *españoles*

condujo a la prohibición de que afiliados nacionalistas ocupasen cualquier cargo importante en el Gobierno republicano. Pero Irujo señalaba con razón la contradicción de que él estaba en el Gobierno porque su partido lo había querido, y luego se encontraba con la imposibilidad de nombrar a gente de su confianza para los puestos importantes de su Ministerio porque la mayoría tenía el carnet del PNV. Pero cuando realmente explotó fue cuando se enteró de que el EBB había decidido quitarle a la persona que debía ser su máximo colaborador dentro del Ministerio de Industria, su amigo Julio Jauregui, a quien le había nombrado subsecretario antes de que el EBB hubiese establecido la mencionada norma de incompatibilidad. El EBB *fichó* a Jauregui para nombrarle secretario general de la dirección del partido. La reacción de Irujo en carta al presidente del EBB Ziaurritz fue fulminante y amarga:

“Me quejo, es lo que procede. Pero no quiero silenciar algo que la designación me sugiere. Cuando por vuestra decisión fui al Ministerio, no me dijisteis que iba a ejercer mi cargo sin colaboración alguna de hombres de plena confianza política y que era forzoso que me sirviera de personas ajenas a la organización. Posteriormente me comunicasteis –sin consulta previa, claro está– la resolución del EBB de prohibir a los afiliados servir en cargos de representación o responsabilidad política en el Gobierno de la República. Ahora habeis ido más allá, a quitarme el Subsecretario. Yo ya sé que vosotros no conspirais para mi fracaso. Pero la conducta de EBB permitiría a cualquier observador extraño, deducir la consecuencia de que lo deseabais. Es difícil aceptar el sistema en virtud del cual el EBB concurre a la gestión del Gobierno de la República por medio de una persona a la que priva de toda asistencia, incluso de la persona que estaba puesta al servicio del propio Ministerio, con anterioridad a la norma aludida, a la cual de esta manera se da efecto retroactivo”¹⁸.

Por otra parte, Irujo tampoco quiso o pudo agotar todas las posibilidades para tener al EBB al corriente de lo que se estaba decidiendo lejos de Beyris. Así, Ziaurritz se quejó de que se había enterado del nombramiento de Irujo como ministro en el Gobierno Giral por la radio. El posterior debate sobre si Irujo representaba en el Gobierno a su partido o, más genéricamente, a los vascos representados por el Gobierno Vasco, es otra prueba más de las dificultades que tenía el PNV a la hora de *mojarse* en lo que la ortodoxia consideraba la política española. Por una parte, sus dirigentes no querían implicarse como partido en el Gobierno republicano y favorecían la solución de Irujo como “Ministro vasco”. Pero en este caso, Irujo ya no dependía de las órdenes de Beyris, sino de las directrices formuladas por el *lehendakari* del Gobierno Vasco. Al final, en el gabinete de Llopi, Beyris prefirió atar a Irujo y concederle la representación del partido antes que correr el riesgo de crearse un conflicto permanente con un francotirador como era el navarro.

Como se puede observar, detrás de estos problemas burocrático-administrativos en realidad se escondían problemas ligados al plano político-ideológico. Dicho de otra forma, las dificultades de coordinación resultaban de una falta de sincronía en el plano político-ideológico. Esta falta de sintonía afloraba en cada ocasión en la que se trataba de negociar la constitución de un

18. M. Irujo a Doroteo, París, 14.11.1946, AMI, 37, 1.

nuevo Gobierno republicano y, con ello, la participación o no en él del PNV. No es necesario comentar aquí cada una de las diferentes ocasiones en las que se planteaba esta problemática, porque el desenlace final siempre pasaba por los mismos derroteros: Irujo presionaba para la participación, el EBB tardaba en reaccionar, el navarro mandaba cartas críticas a Beyris, y de ahí finalmente salía la respuesta definitiva y opuesta al criterio de Irujo.

A partir de finales de 1949, la paciencia de Irujo llegó a su límite y la tensión permanente estuvo a punto de convertirse en un durísimo conflicto entre el ex-ministro y la dirección de su partido. Hay que saber que en los dos años anteriores, el EBB y los cargos nacionalistas habían estado trabajando para definir su postura ante el *Plan Prieto*. El resultado de este largo y polémico proceso de debate interno fue en primer lugar la llamada "Declaración Política" de marzo de 1949 y, concretando la misma, el documento conocido como las "Bases para una situación transitoria" terminado a finales de junio del mismo año y entregado a los socialistas y al resto de los partidos políticos en septiembre. En resumidas cuentas, la conjunción de los dos documentos permitía al PNV salvar la cara ante los republicanos y, al mismo tiempo, abrir la puerta a una situación transitoria sin previa definición política en el sentido republicano o monárquico. Irujo no había participado en la elaboración de la Declaración Política, pero sí consiguió introducir una modificación en las Bases en el punto que fijaba la relación entre Navarra y las Provincias Vascongadas en la hipotética futura situación transitoria a la democracia. Con ello, el EBB logró que el navarro, pese a sus profundos recelos ante el documento por tratarse en su opinión de un texto escrito con la intención de contentar a Prieto, a quien temía por su radicalismo antirrepublicano, no rechazara el documento del todo. Sin embargo, esta tregua entre el EBB e Irujo se rompió en el momento en que éste pudo leer una carta enviada por el EBB al socialista prietista Gómez Beltrán, en la cual se le comunicó la decisión del PNV de "colaborar" en el plan socialista-monárquico "en el caso de que tales fuerzas acepten la creación de una situación transitoria vasca, que nosotros hemos perfilado en nuestra propuesta de Bases". Esto para Irujo supuso ya claramente romper con el juego pendular con el que el PNV había intentado contentar a sus diferentes corrientes internas, a la vez que mantener abiertas todas las puertas políticas para futuras soluciones antifranquistas. Aquí, el republicano Manuel Irujo tuvo que saltar, y lo hizo protestando por no haber sido informado de esta decisión del partido y lanzando agrias críticas a sus compañeros de Beyris:

"Que a las coces socialistas conteste el PNV con adhesiones y zalemas no me parece demasiado bien, porque es enseñar a Prieto cómo debe tratarnos para sacar de nosotros cuanto pretenda. Pero, el acuerdo en sí, y la desconsideración de ocultarlo a los diputados, a los que se encargan gestiones en ejecución del mismo, eso me parece tan inaceptable y molesto, que solamente puede merecer mi protesta, aunque, no ahora ni otras veces, sirva para mucho. Habeis convertido al PNV en una sección del prietismo, y lo habeis hecho cuando el prietismo declina y su autor anda loco buscando manera de cubrir su fracaso"¹⁹.

19. M. Irujo a Doroteo, París 17.12.1949, AML, 38, 1.

En los meses siguientes, el conflicto iba *in crescendo*, pues el EBB no estaba dispuesto a aceptar semejantes descalificaciones por parte de un afiliado, por mucho renombre e historia que tuviese. En resolución oficial del EBB, Irujo era exhortado a retirar la acusación, dando su carta por no escrita. Para dar aún más autoridad a esta resolución, la dirección del PNV recurrió a un truco que debía doler mucho a Irujo y que era además completamente inusual en la práctica política del máximo órgano del partido. La decisión del EBB que exigía la renuncia de Irujo a su crítica iba acompañada con la siguiente frase: “A petición de la representación navarra se hace constar que este acuerdo se tomó por unanimidad”. Esto significaba que Irujo, el máximo defensor de los intereses navarros dentro del nacionalismo vasco, había sido desautorizado también por la dirección de su partido en Navarra, algo absolutamente inédito en la ya larga vida política de Irujo.

Pero tampoco aquí la cosa llegó a más. Eso sí, Irujo aguantaba, pero sólo a base de desahogarse a gusto con todo tipo de críticas contra los hombres de Beyris, unas críticas cuya virulencia mostraba claramente que el ex-ministro se encontraba muy *quemado* y al borde de la ruptura con su partido. Las palabras dirigidas en carta a su compañero diputado Robles Arangiz hablan por sí mismas:

“Corre bastante peligro de que tenga que fajarme con aquellos amigos, que me han amenazado con la ‘disciplina’ y no sé cuantas cosas gordas por el estilo. Quiero estar preparado. Soy poco amigo de poderes que, sin serlo, tengan apariencia de totalitarios. Y el sentido de ‘autoridad’ conduce con frecuencia a hombres buenos, liberales y dadivosos, a un ejercicio del poder confiado, que se parece al que ejercen los poderes totalitarios como un huevo a otro huevo”²⁰.

Pero ante la siguiente crisis del Gobierno republicano, y tras constatar que el partido no tenía a nadie con un carisma, una confianza y unas relaciones privilegiadas comparables al que tenía Irujo dentro del universo republicano del exilio, el EBB hizo caso omiso de lo que había pasado y le encargó de nuevo negociar la constitución de un Gobierno multipartidista con inclusión de socialistas y catalanes en nombre del PNV. El hecho de que en esta ocasión Irujo pidiese a Beyris que le relevase de esta negociación por considerarla imposible, era una clara señal de que las relaciones entre el navarro y el EBB ya no podían volver a la situación de normalidad superficial que había reinado antes. A Irujo le parecía que todo el aparato del partido se había conjurado contra él. Incluso Julio Jauregui, secretario general del EBB y a la vez, junto con Aguirre, el hombre política y personalmente más cercano al navarro, contribuyó a consolidar esta impresión y provocar –en este caso merecidamente– la ira de Irujo. Jauregui había pedido para la revista *Alderdi* una colaboración de su amigo sobre temas de la historia de Navarra. Como era un tema de su gusto, Irujo no tardó en responder y envió tres artículos para su publicación en números sucesivos de *Alderdi*. Cuando le llegó el número con la primera parte de su artículo –a la sazón se encontraba en Inglaterra–, no quiso creer lo que estaban viendo sus ojos: en su artículo faltaban determinadas partes que aparen-

20. M. Irujo a M. Robles Arangiz, París 12.7.1950, AMI, 38, 1.

temente habían sido censuradas o reformuladas en un sentido que Irujo no había querido dar a su texto. Resulta interesante prestar atención a la polémica que se irá originando a raíz de este caso de censura, porque arroja luz sobre otro tema que separaba a Irujo del nacionalismo ortodoxo: me refiero a las diferencias en la interpretación de la historia vasca y, sobre todo, a las ideas contrapuestas acerca de qué función debe cumplir la historia dentro del nacionalismo vasco. Dos eran los párrafos de cuya falsificación se quejó Irujo. En el primero había comparado el significado jurídico del llamado principio del Árbol Malato en la Navarra y Vizcaya medievales, interpretándolo en Navarra como una clara negación del derecho de conquista, mientras que en Vizcaya según Irujo no llegó a tener este significado categórico, queriendo decir únicamente que “hasta el Árbol Malato, los vizcaínos deben luchar para su Señor sin cobrar soldada. Más allá del mismo, el Señor debe pagarles”. En el texto remodelado por *Alderdi*, el Árbol Malato significaba también en Vizcaya la negación del derecho de conquista. En el segundo tema, Irujo trató el pacto de 1179 firmado por Castilla y Navarra, según el cual media parte del territorio vizcaíno quedó integrado en el Reino de Navarra, mientras la otra parte fue incorporada a Castilla. En *Alderdi*, se silenció esta última afirmación sustituyéndola por esta frase: “Bizkaya –la parte restante del Duranguesado– queda con su condición de Señorío independiente”.

Las tesis de Irujo no eran del todo novedosas, pues ya figuraban de forma parecida en sus dos libros históricos que había publicado en 1945²¹. Al verlas ahora tan desfiguradas y manipuladas en la revista oficial de su partido, no pudo retener la crítica contra su amigo Jauregui y la dirección del PNV:

“Cualquier persona medianamente docta que tome el artículo en las manos, si lee ese extremo, juzgará el artículo, con razón, como un texto destinado a la propaganda, que menosprecia la verdad histórica, la mixtifica (*sic*) y la niega. Yo no he podido desear esa condición para lo que yo escribo. Tampoco la deseo para lo que escriba la revista oficial del PNV”.

Y, como no podía ser de otra forma, tras lamentar la pérdida de confianza en Jauregui, Irujo concluyó su carta con palabras todavía mucho más duras:

“Aquella afirmación tan hermosa, de que ‘la verdad nos hará libres’ la habeis arrumbado. Sustituís ‘verdad’ por ‘propaganda’. Poneis lo que creís conviene, no lo que es cierto. Esto mismo hacían Hitler y Musolini (*sic*). Así enseñan historia Stalin en Rusia, Perón en Argentina y Franco en España. Habeis acordado sustituir de mis artículos todo aquello que, siendo cierto, puede ser desagradable para los lectores de *Alderdi*. Y puestos en ese camino, al aplicar vuestra censura, no os limitais a suprimir, sino que avanzais más en el camino. Aquello que sea más grato leer a vuestros suscriptores resulta impreso en el lugar donde antes se decía la verdad, al menos lo que el autor cree que es la verdad (...)”.

Jauregui defendía la manipulación de los textos, basándose fundamentalmente en el hecho de tratarse de “manifestaciones impertinentes”, sus-

21. M. Irujo, *Inglaterra y los vascos*, Buenos Aires: Ekin, 1945 e *Instituciones jurídicas vascas*, Buenos Aires: Ekin, 1945.

ceptibles de levantar ampollas entre los nacionalistas vascongados, especialmente vizcaínos:

“Exalta cuanto quieras el genio de Nabarra, su personalidad histórica, su espíritu democrático y todo lo que quieras, que a todos nos parecerá muy bien, pero lo que creo que no viene a cuento es que, al exaltar una cosa, hagas comparativamente manifestaciones peyorativas del resto de Euzkadi. Creo que con eso no defiendes nada tu tesis y sin ganar nada en el legítimo amor a sus instituciones de los nabarros, presentas de modo antipático la causa de Nabarra ante el resto de los vascos”.

Jauregui terminó su carta con esta alusión a Irujo y su “integrista” a la hora de entender la historia:

“(…) veo que los patriotas se entienden bien en los problemas políticos actuales, pero en cuanto echan mano a la Historia, se arman unas broncas incomprensibles. En el fondo, creo que somos muy malos historiadores, pues lo que caracteriza al buen historiador es la modestia de sus opiniones y la consideración de que su punto de vista puede ser equivocado. Y en esta materia somos ridículamente intransigentes”²².

Pese a esta lección de lo que debía ser un buen historiador, cabe destacar que para Jauregui y sus compañeros en la redacción de *Alderdi* el último criterio para determinar el valor de una investigación histórica era un criterio de utilidad ideológica y política: puesto que las tesis de Irujo no contribuían a fomentar la unidad de los vascos de los cuatro territorios del Estado español, provocando en cambio recelos y antipatías entre unos y otros, su publicación sin pasar por las manos del censor no parecía políticamente oportuna. Irujo, en cambio, había preferido decir sin tapujos lo que él consideraba más fiel a la realidad histórica, sin preocuparse demasiado por las consecuencias políticas de sus tesis.

Tras todos estos antecedentes llegó por fin en el verano de 1951 una ruptura, aunque no total, con el partido. Irujo, de nuevo con el *placet* de Aguirre, se había embarcado otra vez en unas negociaciones con las diferentes fracciones del exilio republicano. La diferencia con respecto a situaciones similares de años anteriores consistió en que esta vez el navarro veía una posibilidad real de poder cumplir las condiciones que su partido siempre había exigido para comprometerse con un nuevo gabinete republicano: tener tanto a los socialistas como a los catalanistas a bordo del Gobierno a formar. Irujo había sido invitado a una reunión con seis partidos republicanos, incluido el Partido Socialista, con el objetivo de constituir un “Comité de Acción” y de elaborar un programa y objetivos comunes, “dejando de lado para los republicanos las instituciones y para los socialistas el pacto monárquico-socialista, que pueden ser motivos de discrepancia, y remitiéndonos a los temas con los que deben encontrarse coincidencias fundamentales,

22. M. Irujo a J. Jauregui, Westcliff, 31.12.1949; J. Jauregui a M. Irujo, Bayona, 9.1.1950, ambos documentos en AMI, 38, 1.

como son la lucha contra el régimen franquista, la organización y nexo de la resistencia, la extensión ordenada y metódica de las huelgas, la preparación de un régimen transitorio presidido por un gobierno de algún modo representativo, la de las elecciones generales, las autonomías, la democracia y la República.”²³

Pero el EBB se enteró de que se trataba de una iniciativa que había salido desde las filas de los partidos republicanos, cuando el órgano directivo del partido tenía todavía pendiente una última reunión con la Ejecutiva del PSOE para conocer la postura socialista acerca de las Bases, así como para averiguar si era posible una participación del PNV en el Comité de Enlace, que gestionaba el Pacto monárquico-socialista. Además, tras los previos encontronazos con Irujo, los hombres de Beyris ya no se fiaban nada del navarro y decidieron cortar por lo sano, desautorizando su gestión e invitando a los partidos republicanos a celebrar reuniones bilaterales preparatorias, puesto que –según el EBB– todavía no existía el clima favorable que asegurase el éxito del proyecto unitario que se había propuesto.

Irujo se desesperaba, porque veía que ni siquiera ahora, cuando a su juicio había más posibilidades que nunca de recuperar la unidad de todos los partidos antifranquistas republicanos y con ello cumplir por fin las condiciones puestas por la dirección de su partido, parecía contar con la confianza de los dirigentes de Beyris. En la ya citada carta a Aguirre, se lamentaba amargamente de esta situación:

“Parece como si me creyeran entregado a ellos (los republicanos, L.M.) y reaccionan sujetándome de la manera que la lectura de sus cartas obliga a inferir (...) Me da la sensación de haber llegado al caso paradojo (*sic*) de que los republicanos, a los que oculto la verdad cuando debo hacerlo, me creen más que los míos cuando pongo las cartas boca arriba”.

Pero todavía no había perdido toda la esperanza y se decidió a seguir con las gestiones, jugando ante el EBB la última carta que se reservaba en la manga: la intervención del *lehendakari* a su favor:

“Anda: sé bueno y arréglate para plantear este asunto y para que se resuelve”.

Tampoco Aguirre pudo doblegar al EBB, más pendiente de su reunión con el PSOE que de estas nuevas gestiones con los republicanos. Al final, tras recibir una nueva advertencia de Bayona por “actuar en sentido contrario de la línea marcada” por la dirección del PNV, lo que había provocado la “desconfianza” del EBB en Irujo, éste tiró la toalla:

“Soy Presidente del Grupo Parlamentario Vasco. Entiendo que, no obstante la autonomía de movimientos que a un Grupo Parlamentario corresponde, yo no

23. M. Irujo a J.A. Aguirre, París, 10.7.1951, AMI, 38, 1. En este expediente se encuentra una copiosa correspondencia, que ha sido la base para la elaboración del texto que viene a continuación.

puedo seguir desempeñando el puesto de Presidente del Grupo Vasco sin merecer la confianza de EBB. Dimito el cargo; y lo dimito con carácter irrevocable (...) Lo que no puedo es continuar un minuto más ostentando un puesto en el que he merecido de EBB anatemas que no he visto escritos de ningún afiliado al PNV en mi ya no corta vida. Y no quiero continuar ésta bajo la amenaza –especie de espada de Damocles– de que mi desautorización sea llevada a la calle, soy yo mismo el que la llevo (...)”²⁴.

La tristeza y amargura que desprenden estas palabras difícilmente pueden ser mayores. Irujo dimitió de su cargo de jefe del Grupo Parlamentario, pero no abandonó su partido. Pero sus relaciones con el EBB, cuyo presidente Ziaurritz murió poco después, ya no se recuperaron, manteniéndose en un nivel de amabilidad correcta, pero fría. Como compensación, Irujo se volcó en los años posteriores completamente en su labor como delegado del Gobierno Vasco en París, profundizando su amistad y proximidad personal con Aguirre y buscándose en Europa un terreno de actuación en el que creía poder desenvolverse con menos ataduras, aunque, como veremos, tampoco lo lograría del todo. En todo caso, también en los últimos años de la década de los cincuenta Irujo seguía siendo una personalidad clave del nacionalismo vasco, porque gozaba de la absoluta confianza del único hombre que seguía disfrutando de la veneración y del respeto incondicional de todos los *jeltzales*: el *lehendakari* Aguirre. Buena muestra de esta confianza la encontramos en el hecho de que en 1956 Aguirre le encargase la preparación de un Libro Blanco sobre la actividad del Gobierno Vasco como informe oficial a presentar ante el Congreso Mundial Vasco, así como –junto al consejero de ANV Gonzalo Nardiz– la redacción de la ponencia más importante del citado Congreso, la ponencia política.

Quizás debido a esta cada vez más estrecha relación con Aguirre, Irujo, cuando no participaba en reuniones, congresos o encuentros internacionales, se refugiaba en los círculos nacionalistas y republicanos de París, convirtiéndose en una pieza clave de lo que Ajuriaguerra llamaría el “Comité de París”. Así no fue casual que quizás la última intervención directa del navarro en los asuntos internos del partido antes de la muerte de Aguirre la llevara a cabo en 1957 junto con Leizaola y Landaburu, cargos nacionalistas que residían como él en la capital francesa. Los tres *jeltzales* presentaron al EBB un largo escrito con una velada crítica a su funcionamiento, contra su “aislamiento regionalista” y una organización y manera de hacer política “que vemos desde aquí ineficaz y negativo del sentido nacional”. Otro de los puntos en esta larga lista de reproches se refería al “divorcio (...) entre el Consejo del Partido y los núcleos de juventud patriota”²⁵.

Como era previsible, estas críticas no cayeron nada bien en Beyris, pero debieron impresionar, puesto que pocas veces personas política y humanamente tan diferentes como Leizaola e Irujo, hasta la fecha siempre enfrentados uno

24. Borrador de carta de Irujo al EBB, s.f., (París, julio de 1951).

25. Documento en AN, EBB, 58-27.

con el otro, se juntaron para criticar –eso sí: desde una postura solidaria y no rupturista– a la dirección del partido. La postura más blanda de Irujo y sus compañeros de París, incluido el *lehendakari*, frente a los jóvenes disidentes que poco después iban a fundar ETA, era otro de los factores que incrementaban los celos entre el aparato y los cargos de un partido que ya había entrado en una profunda crisis, de la que Irujo quiso salir a través de Europa.

5. EL EUROPEÍSTA

En la trayectoria política de Manuel Irujo, la idea de que Europa podía ser la llave para la libertad de Euskadi ya había producido sus primeros frutos durante su estancia en Londres en los años de la II Guerra Mundial. Son conocidos su polémico *Memorándum sobre la creación de una Federación Europea* y, más tarde, la fundación de la *Unión Cultural de los Países de la Europa Occidental*. Sin embargo, fue después de la guerra, cuando esta actividad pudo realmente cuajar y dar frutos políticos. Esto se debía sin duda a la normalización de la situación europea tras la derrota del fascismo por una parte, y por otra, a la gran dosis de realismo, que no estaba reñido con el entusiasmo, que invirtieron Irujo y sus compañeros en su labor europea. Sin renunciar a metas políticas ulteriores, se había abandonado la idea de lograr la independencia de Euskadi a través de un pacto preferencial con los aliados, puenteando así la política española. Recordemos que había sido precisamente la supuesta idea de Irujo de “sacar Euzkadi del cuadro peninsular”, en palabras de los *burukides* Etxebarria y Arredondo, la que había suscitado una de las mayores críticas de Aguirre, quien había reprochado a Irujo que con su plan, presentado a De Gaulle, iba “contra la Geografía y la Historia”²⁶.

Una vez descartada esta estrategia y asumida la convicción de que en el marco de la política europea no era conveniente marginar a los antifranquistas españoles, pudieron darse importantes pasos para la inserción de los intereses vascos en el proceso de unificación europea que estaba en marcha. Esta política nacionalista tuvo dos dimensiones: una, a través de la cooperación con los demás partidos democristianos, agrupados a partir de 1947 en los Nuevos Equipos Internacionales (NEI), y la otra, mediante la participación en diferentes organismos directamente vinculados a la construcción de la Comunidad Europea. Manuel Irujo, acompañado entre otros por Aguirre, Leizaola, Lasarte y Landaburu, eligió esta segunda vertiente para su actividad europea. Irujo no asistió a la Asamblea de La Haya (mayo de 1948), donde acudieron Aguirre, Prieto, Landaburu y Juan Carlos Basterra, de ANV, para preparar la posterior fundación del Movimiento Europeo y del Consejo de Europa. Pero ya poco después, el nombre de Irujo aparece en numerosas ocasiones relacionadas con acontecimientos organizados por o en torno al Movimiento Europeo. Sus cargos más importantes fueron la Vicepresidencia del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo (CFE), fundado en 1949 y presidido por el liberal Salvador de Madariaga por una

26. Cf. De Pablo, Mees, Rodríguez Ranz, p. 122 s.

parte, y, a partir de 1951, la presencia en la directiva del Consejo Vasco por la Federación Europea como vocal responsable de la propaganda, por otra²⁷. También participó en las sesiones de la Unión Interparlamentaria Europea, una especie de confederación de los grupos parlamentarios de los diversos Parlamentos europeos.

Si Irujo había pensado liberarse en el terreno europeo algo del férreo marcaje por parte de su partido, pronto tuvo que darse cuenta de que no era así. Las declaraciones algunas veces abiertamente españolistas de Madariaga, la propia participación de *jeltzales* en organismos españoles o, en 1950, la escasa presencia de las tesis nacionalistas en unas jornadas de estudio organizadas formalmente por el Consejo Federal Español, pero en realidad por parte de sus integrantes vascos, levantaron ampollas entre los afiliados más ortodoxos. Otra vez se repitió la misma historia: Irujo y sus compañeros del “Comité de París” tuvieron que tragar las críticas publicadas en *Alderdi* y recibieron amonestaciones, desautorizaciones y órdenes por parte del EBB de no aparecer tan a menudo en público al lado de los políticos españoles del CFE. En consecuencia, Lasarte tuvo que abandonar la secretaría general del organismo y Landaburu no pudo aceptar la sucesión debido a las presiones de su partido. Irujo, en cambio, no hizo mucho caso a las críticas, contestaba lo que había que contestar en *Alderdi* y se desahogaba en la correspondencia con sus amigos más cercanos. Tampoco renunciaba a la propagación ofensiva de sus ideas, ni siquiera cuando éstas no encajaban en la doctrina oficial y causaban a su autor aún más problemas de los que ya tenía. Así, por la influencia del proceso de unificación europea, el pensamiento de Irujo evolucionó en una línea opuesta a la independencia vasca. En 1951 ya defendió ante Ajuriaguerra su convicción de que la integración de la economía vasca en la del Estado español aconsejaba que la integración de Euskadi en Europa se realizara a través del Estado. Para el líder del PNV, estos planteamientos significaban “no ser nacionalista vasco”²⁸. En 1959, el razonamiento de Irujo no había variado mucho en este punto, donde su análisis da fe nuevamente de su notable capacidad a la hora de captar e interpretar las tendencias del proceso histórico:

“El antiguo concepto de ‘independencia’ ha evolucionado, porque hoy no es posible que pueda darse la independencia absoluta de ningún país; por grande y poderoso que sea”²⁹.

Por lo tanto, no servía ya el clásico –y para Irujo trasnochado– concepto de independencia. ¿Entonces, cuál debía ser la meta de la política nacionalista en el marco europeo? Aquí la respuesta del navarro no es del todo clara, porque, pese a su profundo autonomismo y republicanismo, no se conforma con volver a la situación de octubre de 1936. La respuesta es nueva-

27. Sobre este tema véase el reciente libro de A. Ugalde, *El Consejo Vasco del Movimiento Europeo (1951-2001)*, Vitoria-Gasteiz: Consejo Vasco del Movimiento Europeo, 2001.

28. Esta polémica y sus fuentes en De Pablo, Mees, Rodríguez Ranz, p. 208.

29. M. Irujo: “La República Vasca”, Euzko-Deya, Méjico, 223, enero 1959.

mente un adelanto al futuro, quizás no en la tesis, pero sí en el empleo de una terminología que en 1959, cuando Irujo la utilizaba, todavía no era muy corriente. En el mismo artículo ya citado, Irujo reivindicó una política nacionalista “sin renunciar de nuestra tesis nacional y del derecho de autodeterminación que le es inherente”, eso sí, añadiendo a renglón seguido la coletilla de “sin perder de vista la realidad político-social del mundo en que vivimos y del solar geográfico de Euzkadi”.

Estas y otras tesis eran claramente heterodoxas en el marco de la política nacionalista de los años cincuenta y, desde luego, tal y como ya ha quedado señalado, no dejaron de provocar reacciones bastante incómodas para su autor. Pero Irujo ya se encontraba por encima del bien y del mal. Su larga experiencia política y el hecho de tener ya una piel dura y curtida por tantas batallas le permitirían aguantar todo y seguir representando a su partido en Europa, todo ello sin abandonar su firmeza nacionalista en los principios, unida a la flexibilidad en los procedimientos y el calor humano en el trato de todos aquellos con los que le tocaba actuar. Para el PNV, pese a todas las diferencias y conflictos, esta mezcla personificada por Irujo, su buena química con muchas personas importantes, resultó ser un capital político al que el partido no podía renunciar. Así, por citar sólo un ejemplo, Irujo no tuvo pelos en la lengua a la hora de clasificar a Madariaga, el presidente del Consejo Federal Español, como “uno de los hijos de la castiza intolerancia española”, defendiendo a la vez su gestión en la dirección del CFE como buena y desaconsejando nuevas polémicas en el exilio antifranquista:

“El suaviter in modo fortiter in re debe ser compañero de nuestras actividades (...) Guardemos nuestro puesto; creemos cada día; seamos tolerantes con las ideas de los demás, aunque ellos no lo sean con nosotros. Algún día nos encontraremos con el fruto sazonado de nuestra conducta”³⁰.

Creo que hay pocas citas que definen mejor el pensamiento de un hombre como Manuel Irujo, sin cuya rebeldía anárquica, revulsiva y a la vez leal, la historia del PNV, de Euzkadi, de España y de Europa hubiera sido, sin lugar a dudas, más aburrida, pero también menos humana y menos democrática.

30. M. Irujo a M. Ferrer (secretario general del Consell Nacional Català), París, 20.11.1953, AN, EBB, 76-8.